

## CAPITULO XIV.

### El canibalismo burocrático.

Los egipcios de hace cinco mil años poseían para legislar admirables principios de sociología, sólidos y eternos como sus monumentos. Los autores de las constituciones políticas de la América latina fueron poco cuidadosos de cultivar á los egipcios y muy entusiastas por los romanos, traducidos en jacobino al francés. Sus constituciones son obras de imaginación y de lógica deductiva ningún modo de razonamiento. El visionario filántropo y viejo se siente con su andar cojo y con el golpe sordo de su bordón. Tan gran descuido por los egipcios lo hemos pagado y lo seguiremos pagando muy caro.

Los grandes principios de los egipcios han sido acatados por hombres de la talla de Montesquieu y Tocqueville. Los dos principios egipcios fundamentales para cualquier sistema de gobierno son: Nunca permitir que gobierne exclusivamente una clase social. El segundo principio: No pueden gobernar bien más que los interesados por sus personales conveniencias en el interés público. Fundados en estos principios los egipcios no admitían como soldado más que al que poseyera un pequeño pedazo de fértil tierra y al valiente que no lo tenía se lo regulaban antes de conferirle las insignias militares.

No puede haber gobierno sin tropiezos más que el de las costumbres que como hemos visto forma las castas y los *bagazos de humanidad*, mal llamados pueblos. Pero todo gobierno por poco que sea progresista consta de tres elementos; el moral que representa ó pretende representar la tradición, el económico representado por las riquezas individuales y sociales y el intelectual representado por las clases profesionales. De la proporción en que aparezcan combinados estos tres elementos dependen los buenos ó malos gobiernos. Un gobierno bueno ó malo, no es una contingencia, ni una *casualidad*, ni un hecho fugaz, es un producto tan natural y permanente como la sal en las aguas del mar.

Hay siempre que tener presente el axioma de que *las instituciones deben ser para los hombres y no los hombres para las instituciones*; axioma completamente desconocido y contrariado inconscientemente por todos los constituyentes de todos los países latinos sin excepción. Derrocar á un gobierno por malo, simplemente para cambiar su personal, es como conservar las órdenes monásticas y componerlas cambiándoles el guardián. Las revolu-

ciones no los *cuartelazos* que derrocan gobiernos son útiles no porque destruyan al personal gubernamental sino porque alteran los tres elementos de gobierno forzoso en toda nación, tradición, riqueza y ciencia ó sea clases conservadoras, capital y trabajo y dirección inteligente.

Si hubiéramos hecho la guerra de Reforma que acabó con el poder del clero, simplemente con el objeto de derrocar á los arzobispos, conservaríamos nuestro infeliz estado abyecto y miserable aunque hubiéramos remudado veinte veces ó más de arzobispos. La revolución de Reforma dió tan grandes resultados porque disminuyó y casi nulificó el elemento tradicional pernicioso en política. La revolución que los mexicanos llamamos de Tuxtepec, ha dado resultados de paz y progreso porque se modificó el elemento *riqueza* dándole ampliación sensible y altamente provechosa. Toda idea revolucionaria debe tender á modificar la proporción de los elementos sociales que causan un mal gobierno, cosa que puede conseguirse á veces sin derramar sangre ni alterar con violencias y desgracias el orden público.

En los países latino americanos el único elemento tradicional temible ha sido y aún es el clerical. El elemento aristocrático no tiene vida seria en nuestras sociedades pues en su parte militar su prestigio ha concluido; nuestros ejércitos no nos inspiran nada supersticioso, ni nos imponen prestigio alguno tradicional por sus leyendas caballerescas durante la agitada edad de los torneos y cruzadas por el triunfo de la cruz. Nuestras clases propietarias territoriales no pretenden defender contribuciones señoriales ni privilegios de *hornada y perñada*, ni derechos al porte exclusivo de la espada. Nuestros *patricios* son en general inofensivos mundanos partidarios de la pereza en *landó* y de la religión con orquesta, jesuitas y «*Corazón de Jesús*» barato, y todas sus aspiraciones políticas se reducen á suspirar por la paz, por los buenos temporales de lluvias y por las «*hermanas de la caridad*.» Solo hacen oposición al gobierno cuando el clero se los exige, caso contrario tienen como dicen «*horror á meterse en política*.» Su fé católica no perjudica al progreso nacional, porque es una fé de *cotillón* muy distinta de la que caldeaba las entrañas de Torquemada. Tal es el elemento tradicional en las naciones latino-americanas donde se ha separado la Iglesia y el Estado.

El elemento dominante en todo gobierno civilizado y que determina la duración indefinida de la paz, es la riqueza social industrial, representada por los que la producen; capitalistas y trabajadores. En las repúblicas no deben tener participio elementos tradicionales clericales ni aristocráticos, sino únicamente los fincados en la representación de la propiedad territorial. En todas las naciones el elemento agrícola es casi rutinario y en consecuencia eminentemente conservador y útil como acción centripeta. Pero el elemento más poderoso de gobierno es el industrial y precisamente es el que falta á todas las naciones hispano-americanas, porque en ellas la Banca, el Comercio, la Industria, las empresas ferrocarrileras y de navegación están en manos de extranjeros, que según nuestras leyes no tienen derecho

de tomar parte alguna en nuestro gobierno y según nuestros periodistas jacobinos tampoco tienen el derecho de opinar por la prensa si les va mal con nuestro gobierno, tienen solo el derecho de manifestar su adhesión á todos los gobiernos.

El elemento importante de la *riqueza pública*, el trabajo obrero ó jornalero que tiene poderosa influencia en los Estados Unidos y que debe tenerla en toda sociedad con justicia sea ó no república, no tiene vida seria entre nosotros. La inmensa masa rural goza de la herencia embrutecedora de su imperio de castas, no habla, ni piensa, ni quiere, no sabe que hay política, gobierno, nación, pueblo, hambre, sed, leyes, demagogos, todo lo ignora. Conoce al *amo* de la hacienda, al santo patrono de su iglesia, á su feroz tirano el presidente municipal y á su recaudador de contribuciones; el cura.

En suma la América latina con excepción de Chile y Brasil, en que hay dos elementos de gobierno de los tres esenciales; es dueña de la situación la clase profesional, abundante al grado de poder satisfacer toda la demanda de Europa y de los Estados Unidos, y sobrar para Asia y Africa si llegan á necesitar. Nuestras únicas fuerzas de gobierno, consisten en una amplia clase profesional, que inunda la América y que probablemente no cabría en el río Amazonas, compuesta de millares de abogados, de generales, de médicos, de periodistas y de pordioseros de levita que acusan siempre como servicio mejor haber salvado á su patria por haber participado del pillaje de alguna revolución ó de muchas.

La clase profesional es excelente como elemento de gobierno, siempre que no figure como elemento único é ilimitado pues entonces es tan perjudicial como los trescientos mil clérigos, frailes y monjas que devoraron á España el siglo XVII. Todos los voraces son iguales, todos tienen igual apetito, el mismo número de dientes y el mismo número de golpes de mandíbula para masticar; lo mismo es que sean frailes, que médicos, que notarios, que militares, que ingenieros, ortopedistas ó monjas. La profesión no altera el apetito ni la maquinaria de los tiburones.

Toda clase social única en el gobierno es desastrosa. El gobierno exclusivo de los propietarios territoriales, es la ruina de los pobres á quien se les arroja encima el peso de todas las contribuciones, el de todos los servicios gratuitos, el de todas las fatigas y desgracias patrióticas. Cuando gobierna solo la clase proletaria, proclama que la propiedad es el robo y se dedica á disolver la nación por medio del socialismo. Cuando el gobierno se posa en las exclusivas manos de la *clase que no produce*, como sucede en las clases profesionales fuera de la limitada demanda social, entonces como ninguna *conveniencia encuentra esta clase* en la conservación y aumento de la riqueza social, su programa necesario es en todas partes del mundo: el poder para comer y enriquecerse aunque perezca la riqueza social y como sin riqueza social una nación se vuelve bárbara, el programa del gobier-

no único por las clases profesionales, significa el viaje rápido de las naciones hácia la barbarie.

Las instituciones *deben ser para los hombres y no los hombres para las instituciones* y la gran mayoría de los hombres en todas las naciones, pobres, ricos, sabios, ignorantes, frailes ó de cualquiera otra profesión es de bribones. Así pues, el principio fundamental de que debe partir todo legislador, es: las instituciones políticas en todas las naciones deben tener por objeto combatir la acción de los bribones ó sea de la mayoría nacional. Esta afirmación va á producir cabriolas en los hipócritas que son numerosos, pero será aprobada por los hombres honrados y si no fuera así, como es verdadera me paso sin aprobación; mas estoy seguro de convencer á todos con las cuarenta ó cien líneas siguientes:

No hay que confundir la conducta con la conciencia. La conducta de la mayoría de los hombres es honrada y su conciencia no. Voy á probarlo.

¿Qué sucedería á los que prestan dinero sobre fincas, si no hubiera escrituras públicas y si prestasen sin otorgar documento alguno? ¿Cuántos se salvarían de la ruina? ¿Cuántos conservarían sus bienes si los entregasen en depósito confidencial, en forma de alhajas y billetes de Banco á las personas decentes, sin más garantía que su honradez? ¿Cuántos cobrarían lo que les deben, si no tuvieran constancias escritas ó testimonios humanos? ¿Cuántos herederos recibirían su patrimonio, si los albaceas recibieran la herencia sin testamento y en calidad de comunicado secreto verbal, caso de haber libertad absoluta de testar? ¿Cuántas viudas se salvarían de la miseria, si sus apoderados no estuviesen sujetos á rendir cuentas y si sus poderes no fuesen estudiadamente limitados? ¿Cuántos huérfanos ricos llegarían con recursos para comer á su mayor edad, si los tutores recibieran los bienes de sus tutelados sin inventario, sin constancias legales, sin la obligación de rendir cuentas y de responder de su buena conducta?

Todas las precauciones y amenazas de los códigos civiles son contra la gente decente, porque los jornaleros y obreros no hipotecan, ni son albaceas, ni tutores ó curadores de niños ricos, ni apoderados de viudas millonarias, ni confesores de agiotistas; sin embargo, hacen todo lo que pueden en la materia, porque es raro que voluntariamente paguen lo que deben. Quitad de la sociedad las clases populares, y de la gente llamada decente que queda quitad á los niños, á las mujeres casadas, á los incapacitados y á la mayor parte de la clase media, que por lo general es juzgada civilmente por jueces menores, y se verá que por medio de los códigos y jueces, se descubre por la gran cantidad de litigios la profunda mala fe de las personas decentes honradas. En todo juicio civil raro es el caso en que no obren todas las partes de mala fe y es casi imposible que el demandado no resista de mala fe. Y si hay que asombrarse de la mala fe de los litigantes, nada hay que decir en contra de la muy grande de sus abogados.

La diferencia entre la ciencia de un ratero y la de la gran mayoría de

las personas decentes, es *cuantitativa no cualitativa*. Lo que hace un ratero por cinco pesos, lo hacen muchísimos decentes honrados por cinco mil, por diez mil, por quinientos mil ó por cinco millones. El Ministro Wampole de Jorge I se jactaba de conocer el precio de la conciencia de cada *lord* ó de cada *común* británico. Lo que contiene á la gran mayoría de los hombres decentes en sus bribonadas, es el miedo á perder su reputación que también oro ó mucho oro suele valer, pero cuando el comprador todo lo paga, pocos son los que se mantienen firmes.

Sucede con la honradez lo contrario de lo que sucede con el valor. De cien *valientes* se portan como cobardes *noventa* cuando no hay *galerías*. De cien honrados, se portan como bribones, noventa y nueve y un décimo, cuando no hay *galerías*, ni es posible que la maldad se descubra. No necesitaba yo haber escrito tantas líneas, sino fuera porque nuestros vulgos y eminencias desprecian los proverbios, pues de lo contrario me hubiera bastado recordar el inmortal adagio español: «*La ocasión hace al ladrón*» y de este adagio no está exceptuada la gente decente.

Hay que atenuar ese gran vicio de la especie humana, recordando que esta no es más que la derivada de todas las demás especies zoológicas y éstas á su vez lo han sido de las botánicas, y en ninguna especie animal se nota respeto alguno á la propiedad particular; el robo es la ley económica de todos los animales cuando sus alimentos ó los objetos que necesitan no se encuentran en tierras baldías. Ningún animal respeta la propiedad de otro animal; eso sólo se ve en el hombre y en la época moderna. El hombre existe en el planeta hace más de doscientos cuarenta mil años y el respeto completo á la propiedad particular apenas tiene dos mil años. Es muy difícil para una especie animal como la humana perder en dos mil años la herencia del robo como procedimiento económico fundamental de más un millón de años de herencia de todas las especies animales.

\* \* \*

Admitida como verdad fundamental en la legislación política que las *instituciones* deben hacerse en vista de que en todas las naciones sus habitantes tienen conducta honrada y conciencia de bribones, no hay que fiar nada á la virtud, al patriotismo, al deber y á todas esas cosas imaginarias en la gran mayoría de los hombres, y que sirve á los jacobinos de punto de partida para cometer los mayores crímenes, como lo hicieron cuando se estrenó el jacobinismo con la corrupción meretriz de Dantón, los puñales de Marat y la guillotina del injusto Robespierre. La hazaña de los jacobinos ha sido siempre cometer los más horribles crímenes y robos con el objeto de desarrollar todas las virtudes.

Hasta el día, la pasión salvadora de la humanidad es la envidia, ¡oh santa envidia, vales para el mundo más que la virtud! Un bribón procede honra-

damente contra otro si no le convida. El interés que desarrolla el egoísmo y la envidia forman parte de la base de todas las instituciones políticas modernas de alto valor práctico social, y que conducen positivamente al desarrollo de la virtud. Sin religión, sin costumbres, sin espadas, no podría haber gobierno posible. Sólo la envidia puede bastar para donde hay vicios producir virtudes y para forjar con barro nauseabundo obras maestras de libertad y justicia, como las creaciones de Miguel Angel. Deploro sin consuelo que los paganos modernos no hayan discernido levantar un templo á la Envidia con vestibulo dórico ó por lo menos un arco triunfal vegetal.

Cuando gobierna una clase social, todos los que pertenecen á ella ganan con la prosperidad de semejante clase, la que pone límite á sus saqueos cuando es bastante inteligente para descubrir el momento que estos saqueos perjudican sus intereses. Así pues, cuando gobierna la clase rica cuida mucho de no exasperar al grado de hacer nacer un César que la castigue y la despoje. Es la única clase que ha podido gobernar siglos cuando ha sido inteligente, como lo prueba el senado romano republicano, la antigua Etruria, Tiro, Sidón, Cartago, Venecia; y en nuestra América, la república de Chile.

Pero las clases que no poseen riquezas como la proletaria y profesional, no tienen freno que las contenga, y arruinan á la nación con su socialismo de blusa ó de levita, que es lo mismo para el caso de privar á la sociedad de todas sus riquezas. En Europa hasta ahora van tomando seriamente posesión del poder las plebes, y por tal motivo he expuesto que está cercano el fin del mundo europeo continental, excepto en Rusia. No se ha podido tampoco dar en Europa el caso del gobierno exclusivo de la clase profesional, porque siempre cuando ella ha obtenido el poder como en la actual república, han existido aristocracias poderosas que llevan al Cuerpo Legislativo centenares de diputados propietarios, y además la clase industrial, dispone de la influencia de inmensas riquezas para no dejarse arruinar. Y sin embargo vemos que Francia donde hay aristocracias y riquezas industriales inmensas en manos de franceses, marcha hácia la ruina aun sin socialismo, debido á la influencia de las clases profesionales famélicas apoyadas por las plebes que aún no aceptan el socialismo.

En los Estados Unidos no hay aristocracias, ni ejércitos políticos, pero hay una riqueza industrial incomensurable, y millares de sociedades de obreros inteligentemente organizados para resistir á la voracidad del inteligente y poderoso famelismo profesional.

Pero en nuestra América no tenemos aristocracias, ni ejércitos como el francés, en que el soldado raso es un propietario territorial ó de familia propietaria, en que los oficiales se casan con mujeres que llevan *dote* y que los interesan en la conservación de la riqueza social, ni oficiales y jefes nobles y de familias millonarias. Un ejército co-propietario de una inmensa *riqueza* pública no se *pronuncia* ni se deja corromper por el clero, ni por persona alguna. Los ejércitos de la América latina no hubieran hecho tantos *pro-*

nunciamentos y asolado tanto la riqueza social, si hubieran sido dueños de gran parte de ella. A un coronel hacendado no se le ocurre secundar un pronunciamiento en que haya pillaje de haciendas.

Como lo he dicho, nuestra riqueza territorial está en manos de unos mundanos intelectualmente injustos que no pueden ni podrán tomar parte en el gobierno, con el derecho de sus riquezas, no de sus escapularios, porque apenas llega á sus manos un poco de poder, aunque sea el de regidores, cuando van á ponerlo á los pies del señor obispo, perjudicándose á sí mismos y á su patria por no convenir en que la religión hace mal en la política y dedicarse á defender sus riquezas y demás derechos con la ley civil en la mano.

Cuando toman parte en el poder todas las clases sociales que deben componerlo, ninguna puede consumir la ruina de los demás porque estos se oponen. En una Cámara hay partidos cuando éstos emanan de intereses tradicionales ó económicos de gran potencia en la nación; pero cuando sólo hay clases profesionales devoradoras, sólo se forman dentro de ellas facciones llenas de envidia, de rencores, de todo género de malas pasiones, dispuestas á toda clase de maldades y cuyo acento patriótico es una tarascada á la vida misma de la patria. Estos son los elementos de las Cámaras populares en los países en que el sufragio popular, no pudiéndolo hacer el pueblo, lo hacen las demagogias.

Lo repito, la clase profesional es útil y necesaria en el gobierno, como la industrial y la popular; pero sola es tan detestable como las demás cuando gobiernan sin quien las contenga en sus excesos. Cuando sólo gobierna una clase social sin dinero, su objeto único de gobierno es comer y enriquecerse á costa de la vida, del honor, del trabajo, del porvenir de la nación y á esa clase de gobierno se le llama socialismo de levita. Ahora bien, las dictaduras sólo por excepción son buenas, y por excepción de la excepción son muy buenas; pero una mala dictadura es preferible á cualquiera famelocracia, por la siguiente razón:

Una mala dictadura ejercida por un jefe de banda que con todo acarrea, no puede durar mucho tiempo; la historia prueba en toda la América latina que tales dictaduras duran muy poco tiempo, las revoluciones pretorianas las arrasan pronto mientras que las famelocracias pueden vivir medio siglo causando igual daño como en la Argentina.

Una dictadura duradera y que hace progresar la riqueza nacional, es un gran gobierno, para una nación que sólo tenga elementos históricos y sociales para la anarquía.

\* \* \*

Todo principio político que no es precepto reconocido por alguna ley histórica, es una materia productora de intensas tragedias públicas. Contra

la acción de las leyes históricas, no valen batallas, ni héroes, ni discursos, ni libros, ni mártires, ni congresos, ni gobiernos, ni soberanías de pueblos. Bien sabido es que el mundo social está sujeto á leyes tan poderosas é inexorables como el mundo físico y que emprender contrariar esas leyes es tan infructuoso como querer sofocar caracteres en erupción con puñados de tierra.

La ley histórica política comprendida ya por los egipcios como acabo de anunciarlo es simple: «A la sociedad deben gobernarla los interesados personalmente en el bien social. Se puede creer en el patriotismo de algunos individuos; creer en el patriotismo de alguna clase social es una bobería imperdonable para todo sér humano que está fuera del periodo paleolítico. Toda clase social tiene patriotismo de tiburón cuando posee la omnipotencia.

Si á la sociedad deben gobernarla los interesados personalmente; ¿quiénes están interesados personalmente en el bien público? La respuesta es difícil mientras no se fije la manera de entender el bien público, pero por regla general cada clase social entiende el bien público por el bien propio. El clero cuando empobrece á la sociedad y la embrutece asegura por medio de sus doctores, los Evangelios, las profecías y las epístolas de Pablo á los corintios, que el bien público no es otra cosa que los bienes públicos y privados inmolados en la ambición dominadora clerical. La aplicación del principio egipcio es difícil porque enseñando la lógica inductiva que cada cual entiende el bien público por su propio bien, excepto uno que otro filósofo suelto; hay que enunciar así el principio africano que tanto he citado: A la sociedad deben gobernarla los interesados personalmente en su interés personal; lo que equivale á afirmar: A la sociedad deben devorarla todos los que puedan con el objeto de gobernarla.

En toda sociedad equilibrada hay tres clases; la que posee riquezas, la que las hace con su trabajo, la que produce servicios intelectuales. Las sociedades latinas están poco más ó menos desequilibradas por su abundancia de clases profesionales que no encuentran trabajo ni poseen riquezas. Esas clases profesionales de sobra, se ocupan para vivir de fabricar principios y de conquistar el poder para mantenerse y enriquecerse. Tales clases representan exactamente el socialismo de levita. El socialismo de blusa le tira al capital, el de levita le tira al capital y al trabajo.

¿Cuáles son los elementos con que las clases profesionales conquistan el poder? En Europa seduciendo á las plebes para imponerse con la fuerza bruta de ellas; en la América latina con las guerras civiles. Cada clase social tiende á expulsar á las demás del poder público para hacerse de la omnipotencia. En Francia hay todos los elementos de riqueza para un buen gobierno: que son como ya lo he dicho: tradición, riqueza territorial é industrial, gran trabajo nacional y excelentes clases profesionales. Hay los mismos elementos que en Inglaterra pero la proporción en que se encuen-